

LAS REFLEXIONES MILITARES DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO

por José María GARATE CORDOBA
Coronel Secretario General de la
Comisión Española de Historia Militar

Un mariscal heroico en la guerra y un tratadista clásico en la paz

Nos han presentado ya al marqués de Santa Cruz de Marcenado como un teniente general heroico, pero su actuación en la guerra se hermanó con su gloria como tratadista militar, pues a su prematura muerte, con cuarenta y ocho años de edad, dejó escrito un conjunto de obras de las que apenas hay más noticias que la referencia concreta de su contenido publicada en su *Rapsodia económico-político-monárquica* (1732). Pero la que le dio fama universal fue *Reflexiones Militares*, joya de la literatura castrense española, libro de cabecera de Napoleón —junto al *Mío Cid* y los *Comentarios a las Guerras de las Galias*— quien en sus escritos citaba a veces máximas y frases de las *Reflexiones*, mostrando que las tenía presentes, tanto como Federico II de Prusia que decía haber inspirado en Marcenado su nueva táctica, lo que, según Javier de Salas, biógrafo del Marqués, puede comprobarse con un estudio concienzudo del arte militar de ambos. Las *Reflexiones* conservan un interés permanente en cuanto a los principios del arte de la guerra, la moral y la política militares. Su importancia la reflejó pronto una anécdota que se hizo popular y muy difundida.

La refirió el coronel Antonio Vallecillo, tratadista militar, diciendo que cuando, comisionados por el gobierno español los capitanes Juan José de Vértiz y Martín Alvarez de Sotomayor, éste luego famoso general, para conocer, en lo posible, la táctica victoriosa de Federico de Prusia, al exponer ellos al Rey su pretensión, les preguntó él si conocían las *Reflexiones Militares* de Marcenado. Sotomayor, confuso y disgustado, contestó que tenía alguna idea pero «no las había leído», y Federico les hizo ver que leyéndolas

podían haberse ahorrado el viaje, pues su táctica estaba plenamente inspirada en ellas, por lo cual cabía aprender en su patria aquella táctica, ya que español era su autor.

Es difícil certificar la anécdota, pues en la detenida memoria que presentaron Vértiz y Sotomayor, constaban sus visitas a Rusia y Suecia, y su audiencia con la emperatriz María Teresa de Austria, estando en Viena en septiembre de 1758. Pero al dar cuenta de la entrevista, anotan que sólo de paso vieron las tropas de Prusia. Quizá la anécdota procediese de otros visitantes españoles, o fuese metafórica, pues, en cualquier caso, consta que Federico II ponderó al hijo del marqués de Santa Cruz de Marcenado cuántas enseñanzas debía a su padre; afirmaba tener siempre sobre su mesa las *Reflexiones* y solía repetir que, con la del mariscal Folard, eran una de las dos únicas obras que conocía de *Re Militari* y que le habían servido mucho para sus combinaciones tácticas. Pero Federico, Napoleón y otros grandes capitanes —la obra figura también en la biblioteca que José de San Martín llevó a América— no se limitarían a apreciar sus reflexiones sobre el arte de la guerra, pues destacaban en ellas, con valor permanente, sus conceptos de psicología del mando y ética militar.

Las «Reflexiones Militares», una cumbre de la ciencia militar

Los once tomos de sus monumentales *Reflexiones* se habían publicado poco antes de su muerte, los diez primeros en Turín en 1724, y el último en París, en 1730, donde también se editó la primera traducción francesa en 1735, la que el general San Martín tuvo en la Argentina. No son las *Reflexiones*, una colección de sentencias abstractas, sino un venero inagotable de casos concretos, en forma de máximas y consejos, dando solución a cada uno de los principales problemas que se le pueden plantear a un supuesto general en jefe de un ejército, dentro de un amplio campo doctrinal que las hacen conservar su vigencia a través de los tiempos, salvo el último tomo, apéndice táctico, y, por tanto, transitorio. Pero el primero es especialmente perfecto, y su conjunto constituye una enciclopedia del arte militar: «un monumento de la ciencia castrense —dice Almirante— escrito cabalmente en tiempos en que las letras, la milicia y el país alcanzaban el más bajo nivel de la historia», que según Priego, hace de su autor «el más clásico de nuestros clásicos militares».

Porque las *Reflexiones Militares* constituían una cumbre de la literatura moral militar, de las que siempre se extraen lecciones

provechosas, y unos principios sensatos que, a través de los años fueron desarrollando un cuerpo de doctrina, aunque sus ideas no estuviesen estampadas materialmente en sus formulaciones, como ocurría en las Ordenanzas de 1762 y 1768. Las *Reflexiones Militares* vinieron a ser «el vaho purificador de una época pobretona y amenerada y resucitaron los buenos tiempos de la literatura castellana, con su fondo moral y humano al exponer los temas», según comentario del coronel Yaque, confirmado por quien las juzgó «gloria de España y absolución de su siglo».

Su contenido tiene el triple valor de un tratado de arte militar, de política superior y de psicología, para el gobierno de los ejércitos y de los pueblos, en el que se reunió la sabiduría antigua y la propia experiencia de la guerra y la diplomacia. Marcenado no distingue entre el general y el gobernante, ni entre ejército y pueblo, pues estima la institución militar como la esencia y la consecuencia de la vida civil que ampara. El mismo explica que en muchos puntos «hace al General árbitro de resoluciones que pueden pertenecer al Príncipe... y en otros habla con el Príncipe de lo que toca al General, mas es discurriendo que el primero ejerza el cargo del segundo a la cabeza de su Ejército». Luego, consciente de la universalidad de su obra afirma: «Raro caso militar digno de reflexión ha sucedido en el mundo que en los veinte libros de este tratado no se halle.»

Los títulos de sus veinte libros van recorriendo consideraciones que empiezan por las «Virtudes morales, políticas y militares de un jefe de país y de Ejército», para continuar entrando de lleno en aspectos bélicos, donde las normas del arte de la guerra van entreveradas con las de la moral militar:

Motivos de paz y de guerra; disposiciones para una premeditada guerra; primeros pasos de la guerra nuevamente declarada; del campar; de las marchas; de los espías amigos y enemigos; contra las rebeliones; de la guerra ofensiva; ocasiones para solicitar un combate y medios para que los enemigos no lo eviten; disposiciones para una batalla ya resuelta; para durante la batalla; de las diligencias sucesivas a una batalla ganada; ataques y bloqueos de plazas, avisos, para después de su rendición y para cuando se haya de levantar el sitio; de las sorpresas de plazas y de tropas; de las emboscadas y de los pasajes de ríos a vado, a nado o con puentes; de la guerra defensiva, en que se incluyen los socorros de plazas; la defensa del país abierto, y las diversiones militares y políticas que se pueden hacer en el ajeno; de los motivos que deben resolverse a no pelear, y de los medios para no ser obligados a combatir, para después de ser derrotado y para levantar el ánimo o asegurar la obediencia de tropas abatidas o descontentas; de la retirada de tropas que no fueron batidas.

Por eso dijo Sánchez del Arco que en la obra, «concebida por un español sobre los campos de combate, y realizada bajo el cielo de Italia, hay la más profunda reflexión, a veces dolorosa, con un tono de superior filosofía que la hace eterna, vencedora de los cambios doctrinales que los tiempos traen». Y encuentra en Marcenado la gloria de ser el primero en estimar la importancia de los factores psicológicos y puramente sentimentales que mueven las guerras, sin que haya dejado de estudiar caso alguno, favorable o adverso. Cierzo que su elegante dicción revela a veces giros y voces extrañas, cosa que se le censuró en su tiempo por algunos, cuando tan pronto se nos iba a enturbiar de galicismos nuestro fluido y transparente castellano. Lo señalaba Almirante diciendo: «Clásico en el fondo, no lo es tanto en la forma y en el lenguaje. Involuntariamente se le escapan galicismos y giros incorrectos, sin duda por su larga ausencia de la patria». Por eso al final del tomo postrero tiene cuidado de salir al encuentro con este párrafo el propio Marcenado:

Tampoco pude consultar sobre algunos vocablos que mi larga ausencia de España me ofrecía como dudosos en el buen idioma castellano; porque ya se ve que aunque diversos extranjeros, de una lengua saben cuanto basta para entenderse y explicarse, no alcanzan a desatar dificultades que ocurren sobre sutilezas de la misma; con que habiéndome faltado el mejor crisol, que es la revisión de los amigos, no seré muy culpable si algunas expresiones o ideas no quedaron bien purificadas.

Así pues, aunque las *Reflexiones* sean una obra de pensamiento y técnica, y no de primores literarios, a lo que no aspiraba, la elegancia y el estilo del autor hacen que no pierda atractivo aún en ese campo de las obras clásicas, que no castizas, porque el buen decir compensa con creces de algún gracioso extranjerismo.

La sencilla sabiduría militar del Libro Primero

Quienes aluden a las *Reflexiones* suelen referirse sólo a máximas de su primer libro, haciendo pensar que todos son exclusivamente morales, como de modo análogo se creyó que las ordenanzas de Carlos III se limitaban a las obligaciones de su tratado II, ignorándose la materia de los otros siete.

Pero lo más celebrado, comentado y clásico de las *Reflexiones Militares* es su Libro Primero, cuyo plan explica el autor en un sumario previo, del siguiente modo:

Recopílanse las calidades que otros escritores buscan en un Capitán general. Supónese valeroso, templado, sobrio, modesto y decente sin afectación. Exprésase la importancia del buen ejemplo y las temporales ventajas de la virtud. Pruébese la precisión de que no se deshabitúe a la fatiga y de que se precaucione contra los aduladores. Propónese la forma de sacar partido de las murmuraciones de los émulos y de los desengaños de los amigos.

Represéntase la conveniencia de entender varias lenguas, y de la lectura; danse diferentes avisos para que ésta sea provechosa. Muéstranse los buenos efectos de la elocuencia, y de que el Jefe se haga más amar que temer. Dícese hasta qué término debe ser liberal: que imite a sus antecesores que han sido queridos, y que se aparte de la conducta de los que fueron odiados: que deje a sus Tribunales los castigos y se reserve solamente su moderación y las gracias. Exceptúase, para en ciertos casos esta regla, y se exhiben otras acerca de los beneficios de que el Príncipe o su General concedan o nieguen. Adviértense al último necesarias precauciones con su familia, especialmente con su Secretario.

Hácense algunas observaciones sobre la mesa que da el General, y en cuanto a que él mismo no usurpe la gloria de sus acciones o consejos, ni se entrometa con frecuencia en lo que es directamente de los empleos de sus súbditos... Muéstrase que no son peligrosas al General de un justo Soberano las diligencias para hacerse querido, y se traen las excepciones y medios convenientes para cuando se sirve a un Príncipe de genio muy desconfiado o envidioso de la gloria del vasallo...

Aconséjase de establecer los créditos de buena fe con amigos y enemigos, y de no imitarlos en la mala ni fiarte a la sinceridad de la tuya para vivir descuidado... Concluye el primer libro con las reglas para que el General saque fruto y no chismes, de averiguar cómo es recibida su conducta, y para variar ésta, según los diversos genios de las naciones.

El sumario del Libro Primero, que trata de las «virtudes militares, políticas y morales que deben adornar a un jefe de país y de ejército», ofrecía una buena enunciación de los puntos tratados, cuya novedad hacía apetecer la lectura a los grandes capitanes y tratadistas que elogiaron con entusiasmo las *Reflexiones*, pero sólo la consideración de algunas de ellas —que Marcenado avala siempre con pensamientos y anécdotas de los clásicos— puede darnos idea de la profundidad y elegancia de expresión de su pensamiento.

Y así como en las Ordenanzas de Carlos III el artículo 5.º del Cabo establece en este primer escalón del mando la quintaesencia de las virtudes esenciales de cualquier jefe militar, grande o pequeño, inversamente, cuanto el marqués de Santa Cruz de Marcenado dice para el jefe de un ejército vale para hasta el Cabo. En

líneas generales exalta «la importancia del buen ejemplo y las temporales ventajas de la virtud». Extraña expresión positivista, pues subraya la virtud como medio para alcanzar buen fin material, útil y conducente a la eficacia, frente al maquiavelismo de la astucia y el doblez porque «el fin justifica los medios».

Las virtudes características del general —del militar— consistían para Marcenado en ser «valeroso, templado, sobrio, modesto y decente sin afectación». Curiosamente, Marcenado vivía aún un tiempo en el que no estaba muy lejano el predominio del valor personal en el mando supremo, por eso le exige en primer término «ser valeroso», como en los días imperiales. Mientras que el resto de las cualidades recomendadas: «sobrio, modesto y decente» son demasiado homogéneas, nos sorprende con el estrambote de que haya de serlo «sin afectación», maravilla de ascética militar, poco exigida, aunque quizá, por innecesaria, pues es elegancia espiritual practicada comúnmente por quien tiene categoría moral, es decir, personalidad adecuada para el mando, en la que consiste la verdadera superioridad. Sin ese requisito de la modestia, cualquier virtud resulta inmersa en el vicio de la soberbia, el pecado que en sí sólo abarca a todos.

Ya en el terreno práctico, Marcenado recomienda al jefe lo que el conde Geleazzo aconsejaba al *Guerrero Prudente*: «que haya tratado con varias naciones y, particularmente, con aquella a quien hubiere de hacer la guerra», cosa que en su primera parte es hoy indispensable por el constante intercambio de técnicas y normas internacionales en los bloques defensivos continentales; la segunda es eterna y quedó siempre expresada en la necesidad de conocer previamente el ambiente, la idiosincrasia, los medios e intenciones del posible enemigo. Pero como no todos, ni siempre, podrán viajar lo conveniente para ello, aconseja además asesorarse de hombres entendidos que hayan conocido aquellas gentes «o de libros modernos que describan fácilmente su inclinación, ventajas y defectos».

Se apoya luego en la *Disciplina Militar* del marqués de Langé, para examinar no ya las virtudes, sino las cualidades personales del general, que prefiere «no sea ni muy mozo ni muy viejo, porque no le falte cordura y experiencia para resolver, ni vigor para ejecutar». Esta armonía y plenitud física, que condiciona lo intelectual y lo moral, no parece sino un desarrollo o glosa de aquel adagio romano de: *mens sana in corpore sano*. En el mismo autor se inspira Marcenado al formular otra máxima más próxima al estilo maquiavélico de los consejos a *El Príncipe*, si bien con la simple advertencia

cristiano práctica de que «quien ama el peligro perece en él», que se resume en la virtud de la prudencia. Por ella no quiere Marcenado que se elija al General «sobrado rico para que a fuerza de dádivas no se fabrique una partida contra el Príncipe», pero además, «que tenga familia para que por no dejarla envilecida y pobre, no piense en alguna novedad contra el Soberano». Después, como insinuaba el Rey Sabio en *Las Partidas*, quiere un General «de buen aspecto, que le haga, desde luego, recomendable a las tropas», como con intención más elevada, pero coincidente en el fondo, pedía el siglo anterior Diego García de Palacios, en sus *Diálogos Militares* (1581), que el capitán fuese «bien faccionado y de agradable rostro, porque —según dijo el filósofo— del hombre de buena cara se presume tener buen alma y, cuando hay duda, se presume en favor de los *bien agestados*», que quiere decir «de buen gesto». Nueve años después, Diego de Alava exigiría a *El Perfecto Capitán* (1590) «ser venturoso en sus obras, pues es falta en el capitán ser *desgraciado* en las empresas que acometa», cosa que Marcenado sintetizaba, a su modo, pidiendo que el designado para General fuese «afortunado», que era la respuesta esperada por Napoleón al preguntar «si tenía suerte» el oficial que le proponían para ir destinado a su cuartel general. Lo cual, sin tanta exigencia, suele hacer rechazar a quienes gozan fama de «tener el gafe» en la jerga andaluza.

Mas no queda todo en la simple enumeración, pues en el capítulo II, donde «Exprésanse las pasiones sobre que el jefe debe ejercer su primera jurisdicción», Marcenado observa y hace observar al lector que no dependiendo de cada uno el buen aspecto y la mediana edad, la nobleza, el caudal medio y la buena suerte, hay que aconsejar al General lo que depende de él, y es, en primer lugar, evitar los vicios de la *impudicia*, la *embriaguez* y la *ira*, ilustrando sus malas consecuencias y el desprestigio que acarrearán con los clásicos ejemplos del Rey Rodrigo perdido por su lascivia hacia Florinda la Cava, al decir de la leyenda, y Marco Antonio, derrotado en Aecio por seguir la nave de su amante Cleopatra, mas otros numerosos casos en que los excesos en la bebida arruinaron a grandes generales, y con la ley de Teodosio, inspirada por San Ambrosio, de «no ejecutar ninguna sentencia de muerte hasta transcurrir treinta días desde que se dictase, para dar lugar a la reflexión», con lo que sienta su consejo:

Si no pudieres abstenerte de la cólera (respecto de que este humor nace con nosotros más o menos fuerte) excúsate a lo menos de tomar alguna resolución mientras está en ella; para que, pasando su primer ímpetu, sea parto natural de tu entendimiento el dictámen, que antes hubiera sido monstruo abortado de tu ira.

Lo cual tal vez era eco de la reflexión de Francisco de Quevedo un siglo antes: «El fuego de la ira, no alumbraba la razón, que la quema». Tras ello, Marcenado hace ver una nueva ventaja material de la virtud en provecho de quien manda, o un porqué de sus buenos efectos, tanto como malos serían los contrarios. Su clave es el prestigio que nace del buen ejemplo. Estamos ya en el capítulo III del primero de sus veinte libros, titulado «Daños del mal ejemplo en las costumbres de un jefe» y su advertencia única es:

Empresa ridícula sería castigar en otros el vicio de que tú mismo no sepas librarte; y si vives desordenadamente, no sólo harás mal para ti, sino también para las tropas, que pensarán lisonjarte con la imitación, o disculparse con el ejemplo.

Para ilustrarlo ofrece una cita de Tácito sobre la risa que causaban las censuras de Claudio al incesto de Junia Calvina, cuando él había incurrido en el mismo delito con Agripina, «su estrechísima pariente». Como ejemplo del mal de la embriaguez, cita que el ejército de Antíoco, rey de Siria, le imitó cuando pasaba el invierno en Cálcede abandonado al vino «y a otros delincuentes divertimientos». Anota la tendencia de las tropas a copiar al jefe, que sin saberlo es espejo en que ellas se miran, para bien o para mal, recordando que los cortesanos de Alejandro le imitaban hasta el defecto de llevar la cabeza algo caída sobre el hombro izquierdo. Y generaliza con la cita que Floresti ofrece de San Wenceslao, XV Duque de Bohemia, quien refiere: «Sabiendo que los súbditos de ordinario son tales cual su conductor, determinó regirlos más con el ejemplo que con el mando», hasta concluir formulando su máxima de más positiva y elevada moral, basada en el Libro V de *La Política* de Aristóteles, ratificada por Jerónimo Francheta en su *Seminario de Gobiernos de Estado y Guerra*, para explicar así la afirmación con que titula su capítulo IV: «Ventajas que aún para lo temporal resultan de la recta conciencia del comandante»:

De una vida virtuosa no sólo tendrás el sabido premio de una eterna recompensa, sino también el terreno logro de que tus súbditos y tus émulos, creyéndose auxiliados de superior mano, estarán más prontos a obedecerte y más remisos a calumniarte.

Enfrenta después las discrepantes opiniones de Plinio y Séneca, cuando el primero consideraba que «a muchos hace virtuosos el amor de la fama, y a pocos el de la conciencia», lo que el «justo precepto» de Séneca rechazaba aconsejando «no ejecutar cosa que no sea conforme al dictamen de la conciencia, consejero el más continuo, aunque infelizmente, el más despreciado». Lo cual llevaba a Marcenado a expresar un nuevo punto de vista:

Verdad es que aun cuando te faltase el principal apoyo de fiel religión, debieras, en obsequio de tu fama, huir los vicios que no hacen escrúpulo en tu conciencia; y por el camino de lo glorioso llegarían insensiblemente al término de lo justo.

En el capítulo V trataba ya Marcenado un tema práctico de la vida militar, el endurecimiento del guerrero por mucha que fuese su categoría: «Pruébese que necesita el general más que el soldado acostumbrarse al trabajo y al desvelo», diciendo:

Debes endurecerte a la fatiga y a la vigilia; porque el trabajo es a veces más preciso al general que al soldado, atendiendo éste únicamente a su persona en la marcha o a su puesto en la centinela, pero el general no cuida de sí sólo, ni de un paraje señalado, sino de millares de hombres y de algunas leguas de terreno que su ejército coge marchando o campando.

Era una observación que, casi a la letra, había puesto Shakespeare en boca de su *Enrique V* hablando a sus soldados durante la vigilia que precedía a la batalla.

Quizá sea en el capítulo VIII uno de los lugares donde mejor se observan las cualidades literarias de Marcenado, con imaginación, penetración intuitiva y flexibilidad para comunicar y convencer, con personal pedagogía de la ética del mando. Allí se lee:

Dejo dicho en el principio de este capítulo, ser apreciable el que te avise con inocente *franqueza*; porque hay algunos malignísimos hipócritas que afectándose parciales de la virtud, murmuran en tono de compasión, y como lastimándose de las faltas de otros, las dicen, no para que se corrijan, sino para que se divulguen. Tales hombres no son cierto amables; pero pueden ser útiles, sirviéndote de ellos como el caminante se vale del despertador de un reloj, cuyo estruendo, aunque desapacible al oído, es cómodo para la madrugada; o como el químico, que de los más venenosos animales extrae la mejor triaca: así, debes sacar de su murmuración el fruto de tu enmienda, en lo cual, no sólo quedarás ventajoso, pero dejarás a tu enemigo mortificado, surtiendo sus palabras efecto contrario al que se prometía su malicia; pues cuando quiso publicarte malo, te dio motivo de hacerte bueno.

Aprender en los libros y en la vida

El capítulo IX continúa el tema iniciado en el primero y hubiera podido formar parte de él o continuarle, pues vuelve al tema del poliglótismo, bajo el título: «Utilidad que trae al jefe la inteligencia de varias lenguas, especialmente de la de los enemigos.» Resulta obvia su necesidad, ya comentada hoy, que la clase de idiomas es

común en las academias militares de todo el mundo, y lo que antes se anotaba como mérito extraordinario en las hojas de servicios, ahora es más bien demérito que no conste poseer alguno. Marcenado decía allí:

Convendrâte saber diterentes lenguas para hablar a las tropas de varias naciones que haya en tu ejército, y a los paisanos de diversos pueblos con que trates; para examinar por ti los prisioneros o desertores enemigos; y para leer las cartas que cogieren tus partidas o escriban del país contrario tus confidentes, sin que para uno u otro necesites de intérprete; en quien el secreto nunca estaría tan seguro como en ti solo, ni los razonamientos tan justos como en su original.

Era un lector empedernido, enciclopédico, voraz y glotón de los libros, y conociendo su provecho —en él mayor por su desmesurada memoria— no podía menos que recomendar la lectura a cualquier jefe militar, representado en el General al que dirigía su libro, como explica en su argumento más profundo del capítulo X sobre la «Importancia de la lectura en un general», donde continúan los pensamientos sobre la vida práctica del General, es decir, sobre la formación de su personalidad, en la que el trabajo se ha de completar con el estudio y la experiencia propia, con la que los demás dejaron escrita. El capítulo X trata de la «Importancia de la lectura en un General» y dice:

Los impensados acaecimientos de la guerra muchas veces obligan a determinaciones tan prontas que no dan lugar a una larga meditación; conque sólo queda el arbitrio de resolver por las reglas que en pocos instantes prescriba la memoria de los expedientes que en semejantes casos tomaron otros generales; porque el principio *pensar despacio y ejecutar á prisa*, se entiende cuando el tiempo del discurrir no destruye al del obrar.

Si ése era un consejo profundo y útil en tiempos de Marcenado, hoy lo es tanto, cuando la «guerra relámpago» se ha hecho norma en su acepción más universal, y los ejercicios, maniobras, y juegos de guerra se multiplican al máximo para crear esa gimnasia mental indispensable a los profesionales, para «repentizar» más que improvisar sus decisiones. Pero hay aún un fondo importante en las lecturas, que producen un sedimento de hondura y facilidad para las reacciones imaginativas ante las incidencias y situaciones inesperadas.

Lo perfeccionaría en el capítulo XIII refiriéndose a la relación entre la teoría y la práctica, al explicar los «Motivos por los cuales se juzga precisa, con la teoría de los libros, la práctica de las campañas. Dícese cuando no deben ocupar el tiempo los libros; y por

qué razón el jefe no ha de gastar las horas en otros que en los conducentes al arte de gobernar, ni ocuparse á cosa agena a éste asunto». Y explica la posible oposición entre los capitanes doctos y los expertos:

Pudieran los libros solos adquirirte suficiente gloria si no tuvieses a tu cargo el comando, pues ellos bastarían para hacerte sabio... pero sería locura decirte que, fiado en la teórica, no considerases precisa la práctica, siendo cierto que la experiencia aclara las cosas... Puede añadirse que en ninguna profesión es tan necesaria la experiencia como en la guerra, cuyos peligros suelen hacer olvidar en el campo lo que se aprendió en el gabinete.

Teoría y práctica se complementan, y la práctica es más necesaria, porque el peligro hace a veces olvidar la teoría, y Platón, abo­nándola enseña que *quien fabrica la trompeta no sabe conocer su defecto o bondad, tanto como el que la toca*.

Ya se ve la ridiculez que sería estarte con una historia en la mano cuando te debieses ocupar en reconocer un campo, en formar un ejército, o en otra necesaria providencia.

Después se harían célebres frases de los maestros de la guerra diciendo: «Al diablo la táctica, ¿aquí de qué se trata?», y aún el humor socarrón del asistente español, cuando en un trance apurado le pedía su oficial el reglamento: «¡Déjese de reglamentos, mi alférez, que esto va de veras!».

El capítulo XVI tiene aplicación directa al mando militar en todos sus escalones: «Es más preciso hacerse amado que temido: cita de los medios para conseguirlo y de la excepción en intentarlo», su reflexión resulta de las más logradas y hace pensar que estaba inspirado en ella el famoso concepto de «hacerse querer y respetar» sintetizado en las ordenanzas de 1768:

Quando te halles *querido de las tropas*, serás bien servido de ellas; pero si te aborrecen, aun aquello que sea de su obligación ejecutarán perezosamente, a trueque de que, no lográndose algún buen suceso bajo tu comando, no consigas aplauso ni premio.

El temor, por regla general, sólo de los enemigos y de los delincuentes lo busques, contentándote de *exigir de los demás aquella parte de veneración* que se halla compatible con el afecto, sin tocar los límites del miedo, que, como nos desagrada, nos malquista con quien le impone.

Habrà más influencia de Marcenado en las ordenanzas de 1768, pero basta decirlo. En cambio, salta a la vista una de las cualidades de la infantería que pasó muy tarde a su reglamento táctico, al menos su principio: «Ella pelea en toda clase de terrenos, sirve para los ataques y defensas de plazas y en un día de batalla hace su función tan útilmente como la caballería...».

Premie tu mano, castigue la de otro y no usurpes

Entra luego en una serie de advertencias sobre premios y castigos, sobre la sabiduría y la forma en el dar y el negar que convienen al mando. En el capítulo XIX expone: «Razones para que salgan de los tribunales los castigos, y de ti solo su moderación y los beneficios», diciendo:

Los beneficios partan de ti, sin que se conozca en ellos mano agena: los castigos, aunque tú los dispongas, deja que salgan como de la justicia de tu auditor, consejo de guerra u otro tribunal.

En el capítulo siguiente: «Exprésase de qué castigos debe el jefe mostrarse autor; y se prueba que de la piedad no basta la apariencia.»

Hay algunas justicias tan generalmente deseadas, que, en lugar de odio, granjean aplauso á quien las ordena...

A lo que añade luego, en el capítulo XXI, la «Precaución en los beneficios que dispensa el príncipe, y advertencias con las gracias que el jefe niegue o conceda», diciendo:

También en el negar hay su modo de agrado, como en el concederle hay de desabrimiento; pero si otorgas, lo que te piden, sea con un aire que haga estimar la respuesta más que la dádiva.

Volverán a ser prácticas de mando militar sus máximas en capítulos posteriores. En el 27 explica la «Importancia y razón de que el general no usurpe a los súbditos la gloria de sus acciones, o la de sus consejos» y en el siguiente: «Pruébase que debe el general no entrometerse en los manejos que tocan directamente a los subalternos», de modo que sus consejos se complementan:

Quando un oficial adquiera una gloria no se la usurpes atribuyéndola a ti sólo por haber dado las órdenes.

Tan ridícula figura hace el jefe metido a sargento, como el sargento puesto a jefe, el cual si se embaraza en cuidados de pequeña consecuencia, hallará el tiempo de menos para las cosas de grande importancia.

Sólo dos artículos pueden mostrarnos cómo en cualquiera de los libros hay consejos de tipo psicológico y moral, pese a la apariencia puramente técnica de sus títulos. Por ejemplo, en el capítulo 26 del Libro IV, aconseja al general o al jefe:

Si distribuyes alguna orden que en la realidad o en la aprensión de tus soldados sea arriesgada, penosa, o difícil de ejecutar, pre-

séntate el primero a desvanecer con el ejemplo los temores, las réplicas o las dificultades, no habiendo trabajo ni peligro que si el jefe lo padece, el soldado no le sufra.

Pero a medida que se avanza en la lectura de las *Reflexiones Militares* van surgiendo avisos más llamativos sobre un amplio despliegue de circunstancias de mando y gobierno, de paz y guerra. En éste hay un consejo básico sobre el mando:

Ninguna cosa debes manejar con tanta economía como las vidas de tus guerreros. Interésase la piedad en que no se aventuren sin precisión las tropas.

Luego, especialmente en el Libro XII, el de los «Avisos para durante una batalla», diría Marcenado que el general no podrá llegar a todos con sus arengas, ánimos y estímulos, por lo que se los dirigirá a sus capitanes, reunidos o no, con distinción y promesas especiales a los que han de ir en vanguardia, de modo que ellos, haciéndolos suyos, los harán llegar a los soldados. Advierte también que el jefe superior no debe exponerse con frecuencia, como uno más, pero sí cuando esté en juego la suerte de sus tropas, momento en que para enardecerlas al máximo se hará ver en lugar destacado de peligro. Del mismo modo que antes le aconsejó reservarse de hablar con frecuencia a los soldados, ni hacerse ver demasiado de ellos, para que cuando sea necesario influir con sus palabras sea mayor su efecto.

Hacia un nuevo Ejército: La organización y la táctica

En el tomo XI de las *Reflexiones Militares*, propugnaba una nueva planta de tropas, asignando una compañía de *caballería legionaria* a los regimientos de infantería, y una compañía de infantes a los de caballería, progresando en su proposición del libro III:

Enséñese a los infantes a montar en grupa de la caballería, porque se ofrecerá muchas veces ejecutar esta diligencia en la guerra.

En varios pasajes de su obra explica el empleo de esta táctica, usada ya en principio por los iberos, pero no empezada a estudiar y reglamentar hasta más de un siglo después de él, en varios países, especialmente en Inglaterra, y experimentada con éxito, como aplicación de ello, en varias campañas. La misma anticipación tenían sus prevenciones sobre las marchas y sobre patrullas y avanzadas, advirtiendo a los jefes de ellas en el libro VI que lleven «un reloj y papel y tinta» para dar siempre las noticias por escrito evitando las equivocaciones en la transmisión verbal de los soldados y para

que se les envíen a su exacto tiempo y lugar los informes del enemigo.

Proponía nuevas formaciones tácticas, adelantándose a su época. Preocupado por el ataque y defensa de los flancos, quería que fuesen más fuertes que el frente, haciendo ver que así «los enemigos jamás pueden abrazar un flanco sin evidente riesgo de ser batidos». En cuanto al fondo de las formaciones sembraba ya la idea de ocultar los movimientos de los gruesos y cubrir las reservas con líneas de tiradores:

Hasta hallarse los enemigos a tiro de fusil ¿quién te embaraza de cubrir, diversos intervalos, con una simple fila de los más inmediatos soldados de tropas sueltas para que los artilleros enemigos no distingán dónde están las tropas de mucho o poco fondo?

Decidido partidario de la ofensiva prevenía a los jefes lanzarse al asalto en cuanto se llegase a tiro de fusil, sin pérdida de tiempo, con lo que «pocas descargas podrían recibir de la artillería enemiga».

El coronel Priego nos subraya un primer párrafo básico en las ideas tácticas de Marcenado, precursor concreto de la «maniobra por líneas interiores», nueva expresión y forma entre las maniobras que entonces se practicaban. En el consejo inicial que da al General en el capítulo 6.º del Libro XVII, bajo el título: «Particulares ocasiones de librar una batalla al ejército que está sobre la defensiva», diciéndole así:

Cuando sostiene la defensiva en dos fronteras diferentes, procuran tus ejércitos deslumbrar [entretener] a los enemigos para ganarles un par de marchas, juntarse y atacar a uno de los contrarios, antes de que el otro de éstos pueda incorporársele; pues aunque las tropas a quienes robastes [ocultarles] la marcha se aprovechen de tu ausencia para hostilizar el país, si logras batir una de las armadas [ejércitos enemigos], presto volverás contra la que te incomoda.

Teoría entonces, táctica de gabinete, sería en poco más de diez años una de las claves del éxito de Federico el Grande y en dos tercios de siglo, Napoleón la repetiría magistralmente, debiendo también a ella más de uno de sus grandes triunfos, lo que, junto a otras lecciones de Marcenado, explica que ambos tuviesen sus *Reflexiones* como libro de cabecera.

Además, Marcenado coincidía con «el Caballero Folard» en sus ideas sobre batallones reforzados y, al parecer, sobre la necesidad de dejar en las líneas de la formación de combate los huecos o pasillos necesarios para que «sin embarazo», se retiren las tropas

batidas, o se avancen las que no han peleado. Marcenado alegaba así su prioridad en tales ideas:

Así creo alegar dicha preferencia de meses, a fin de que no parezca robo lo que fue accidental concurrencia de opiniones. Apártome de las de Mr. Folard en varios medios, pero en casi todos ellos me dirijo al mismo fin; y cuando no hubiere pensado yo de la propia forma que aquel erudito, valeroso y práctico guerrero, hago tal aprecio de sus observaciones o reglas de la milicia, que no me desdenaría de traducirlas para beneficio de mi nación.

Pero demostraba su anticipación a Folard, puesto que éste trataba de ello en su libro editado en París en 1724 —*Los nuevos descubrimientos sobre la Guerra*, que no se conoció hasta el año siguiente, y Marcenado lo incluía en las *Reflexiones* el 8 de enero de 1724.

En sus cartas de respuesta al abate Muratori recopila su doctrina en forma de máximas apoyadas en numerosas citas, que pueden considerarse como un resumen de todo lo expuesto en los diez tomos de su obra:

- 1.º El Dios de los ejércitos suele hacer que venza uno de ellos, en premio a la justicia, virtud y fe de sus combatientes; o en castigo a la sinrazón, impiedad y vanagloria de los guerreros de otro ejército.
- 2.º Contribuye para la victoria la conducta del jefe.
- 3.º A veces la sola fama del comandante puede tanto como su conducta; porque anticipa a los enemigos un terror, del cual fabrica la victoria.
- 4.º Ni la conducta ni la fama del jefe bastan regularmente para conseguir la victoria, si aquel no tiene tropas de experiencia y de coraje, que sepan ejecutar lo que deben.
- 5.º Las armas útiles contra algunas de las que los enemigos practican, son defectuosas contra otras diversas; lo mismo sucede en el terreno, atento al diferente número de los ejércitos, al género de las armas de cada uno, y a su costumbre de pelear. Acontece lo propio en la formación respecto a la de los contrarios, y a la mencionada variedad del número de combatientes, de su disciplina, genio, armas y terreno: contribuye asimismo una formación más que otra, respecto al sol, al viento, a la luna y al puesto de la artillería, conque grandísima parte de las derrotas consiste en la respectiva calidad de las armas, y en la formación y el terreno de los ejércitos.
- 6.º Muchas de las circunstancias facilitan o dificultan la victoria, al ejército que detiene o al que abrevia los últimos términos de la comenzada batalla.

- 7.º A pesar de todas las justas providencias de un general se pierden algunas batallas por la intempestiva evolución de una tropa, que entendió mal una orden o que se atemoriza de un inesperado accidente, o de la voz echada por los ocultos parciales que tienen los enemigos en aquel ejército.
- 8.º Muchas veces pierde una batalla el ejército que al principio de ella se encaminaba a la victoria, porque su general no supo seguir el buen suceso con la prontitud y cautela que refiero en el libro XII.
- 9.º Por el contrario de lo arriba dicho, suele ganar la batalla el ejército que había comenzado a perderla, si el general sabe proporcionar el remedio a la calidad del daño, y sacar fruto del que empieza a mostrarse peligro: así como el amago de una indisposición ocasiona practicar la medicina que rectifica la salud del cuerpo humano.
- 10.º Por fin digo, que de dos que se atacan, es natural que el uno venza, como la corriente de las aguas cede a la oposición de un antemural, o éste se despedaza con el impulso de aquéllas. A veces el primero, después de maltratado, rechaza las segundas, obligándolas a nuevo curso; así acontece en alguna ocasión con los ejércitos que recíprocamente fracasados en el combate, dejan indecisa la victoria, y allí entra el arte del general en saber apropiársela.
- 11.º Hay guerras que sin batalla campal se terminan feliz o infaustamente, pues aunque la batalla es la mayor acción de los ejércitos, no es la única ni la más frecuente; y el que no la quiera, de ordinario la puede evitar con los arbitrios propuestos en el libro XVIII.

Las nuevas armas de Marcenado

Era entusiasta del tiro rápido e insistía en las ventajas del fusil de su invención, «con el que cualquier recluta haría cuatro veces más disparos, en el mismo tiempo, que con el usado entonces. Su fusil tenía más rápida carga, más alcance y un cartucho especial unido a la bala, de las que sólo habría dos clases: «unas para tirar de lejos sin cartucho, y otras para dentro de éste», lo que también anticipó en un siglo tales características. Ampliaba datos: «Si el éxito consistiese en mucho fuego», en su plan, cada diez soldados a los flancos del batallón podían transportar y disparar «sin embarazo» 500 tiros de mayor alcance que los comunes y antes de que otros diez enemigos hiciesen treinta disparos; pero añadía: «no creo justo comunicar un secreto que seguramente causaría mucho destrozo». Proponía además otras nuevas armas: «Las carabinas de mis piqueros tendrán la misma facilidad en cargarse y alcanzarán largamente 1.200 pies —unos 340 metros— de punto en blanco. El

fuego de mi ejército será doble del que hoy tienen 30.000 hombres». Pero también, en el capítulo 8.º del libro XXI se mostraba partidario del fuego a larga distancia, contradiciendo «a quienes aconsejaban entonces no disparar hasta estar los enemigos muy cerca» y de todas las armas que proyectaba eran de largo alcance.

Marcenado prefería los cañones de retrocarga «de los que se cargaban por la culata» por su menor calentamiento y mayor rapidez de tiro. Así era el que inventó con aumento de potencia, pues siendo de 16 tenía alcance de los de 24, en uso entonces. En cuanto a piezas de montaña, prefería la pieza de a cuatro, «pero tan corta y ligera que la pudieran llevar, sobre varas, dos machos, con silueta semejante a una litera», para acompañar al ejército por desfiladeros «donde los malos caminos dificultaban el paso de los afustes o carros de cañón».

Casi todos sus proyectos se anticipaban en un siglo a su tiempo, aunque algunos no fueron realizables ni llegaron siquiera a plantearse.

Su nuevo plan de organización del Ejército era: Regimientos de Infantería con seis compañías a pie y una de caballería legionaria, las primeras con 240 hombres, con primero y segundo capitán y soldados de distinta clase: *coraceros-piqueros*, *piqueros sin coraza*, *granaderos*, *carabineros* y *fusileros*; la de *caballería legionaria*, de 48 caballos, con soldados *aventajados de lanza y coraza entera*, *aventajados de media coraza con sable y pistolas*, y *dragones*. El Regimiento de caballería lo proyectaba Marcenado de doce compañías organizadas como las *legionarias* y media compañía de infantes, armados como los granaderos, con fusil y bayoneta. A los dragones les añadía un útil de gastador. Consideraba muy ventajoso el servicio alternativo de los oficiales de infantería, porque les daba preparación y experiencia para cuando hubiesen de ser generales. En cuanto a los cadetes opinaba:

deben proceder de la juventud de familias nobles, empezarán a servir en la infantería y pasarán después a la compañía de caballería como aventajados.

Además incluía en sus plantillas compañías de artilleros, de obreros, de guías y del preboste (*de policía*).

Como armamento para las tropas le parecía ideal dotarlas de varios modelos de fusil de retrocarga —aún pesado, pero más ligero que el usual— y todos del mismo calibre para facilitar el municionamiento. Serían:

- 1.º El de fusileros, de chispa, con 1.200 pies (340 m.), de alcance.
- 2.º Otro algo más pesado, de 1.500 pies (unos 420 m.), de alcance.
- 3.º El fusil de granaderos y dragones, como el anterior, pero de tiro más rápido, de retrocarga, pudiendo hacer veinte disparos mientras el usual hacía cinco.
- 4.º Carabina (tercerola), de los *piqueros sin coraza*, con cañón de 2,5 pies (unos 70 cm.) y bayoneta de la misma longitud.

En cada regimiento de infantería habría un *maestro de fortificación y minas*, y otro de *artillería*, para enseñar a los cadetes y aventajados, pues le parecía muy perjudicial la ignorancia de los oficiales en estas materias; ambos maestros servirían en campaña como ingenieros y artilleros, los de segunda categoría, con grado de capitán, pero ascenderían inmediatamente a tenientes coroneles, porque:

algunas ventajas hemos de conceder a los oficiales de artillería y de ingenieros, ya que a la igual o mayor fatiga y peligros que las tropas, se añade la precisión de su grande estudio.

Rechazaba el empleo de fusiles rayados porque «cuestan el doble y reculan tanto que los tiradores les toman miedo».

La idea de Marcenado de restablecer el uso de la armadura y la pica, era un anacronismo común a los militares eruditos de la época, lectores asiduos de los clásicos como Montecuccoli, Folard, Mazeroy y otros, entusiastas, a su vez de la milicia griega y romana, y tentados de buscar nueva aplicación a las armas falangistas o legionarias.

Informaba Marcenado al Rey, sobre sus proyectos de nuevas armas diciéndole en el prólogo del tomo I, entre otras cosas:

No hay fusil de munición que con un real de plata de coste no pueda servir para los fusileros de mi planta, alcanzarán por lo menos un tercio más y *no serán precisos los cartuchos en el tiempo de atacar la pólvora ni la bala...* Los fusiles de mis Granaderos, Carabineros y Dragones, será menester hacerlos de nuevo, y costarían cerca del doble de los fusiles ordinarios de hoy; pero también alcanzarían casi el triple, y se dispararán cuatro tiros por uno, con que tantas ventajas de mí fusil *en la presteza de cargarle, y en su alcance*, bien valdrá la pena de pagarle algo más caro que los otros, y no reventarán tan fácilmente como éstos.

Don Lucas Spínola, Capitán General, ha visto que una ligera pistola de arzón, sin recular mucho ni poco, alcanzó de punto a blanco 1.750 pies, haciéndose la bala una plancha contra la piedra en que dio;

yo prometo a V. M. que *mi fusil* alcanzará de punto a blanco tanto como el ordinario cañón de a 24 libras de bala.

El mismo don Lucas Spínola vio probar una pieza totalmente de mi invención que, pesando 12 libras, arrojó a 800 pies de punto a blanco una libra y media de peso. La carga de pólvora fue una onza, porque la pieza es para tirar a hombro. V.M. podrá considerar cuál será el alcance cuando la pieza hecha para disparar desde su afuste, se cargue con una libra de pólvora. No por eso pesará 36 libras: y así a proporción las otras piezas, a las cuales no faltará alguna de las inconveniencias que en la página 114 de este libro digo tener otros cañones de la invención de mis amigos. La del fusil no es mía, excepto alguna adición.

En su biografía de Marcenado nos ilustra Javier de Salas sobre unas coincidencias de los inventos del Marqués con los de Juan Carlos Folard («El Caballero Folard»), ilustre autor militar francés, que consultó a Marcenado sobre una bayoneta de su invención más firme y segura que la usada entonces. Sabía Salas que eran antiguos conocidos y se trataban con cierta intimidad, como lo indica el hecho de que el Marqués, en su tomo XI, pidiese prioridad para ciertas ideas coincidentes, pero anticipadas en él. Efectivamente, en *Los nuevos descubrimientos sobre la Guerra* (París, 1724), obra que Marcenado no pudo tener hasta 1725, mostró Folard ideas sobre picas y partesanas, muy semejantes a las de los primeros capítulos del tomo XI de las *Reflexiones* —que el Marqués publicó el 8 de enero de 1724— y repitió en el prólogo del libro V.

Elogios y ecos de las "Reflexiones Militares"

Las *Reflexiones*, en fin, abarcan tantos aspectos y con tanta sabiduría y experiencia, propia y erudita, que constituyen una enciclopedia del saber militar de su tiempo, y no unas Ordenanzas, porque no tienen fuerza imperativa oficial, pero sí son una excelente fuente en que inspirarlas y debieron serlo para las sucesivas Juntas redactoras, especialmente las anteriores a 1767, a juzgar por los distintos textos de sus borradores.

En cabeza de la obra figuran las felicitaciones y elogios recibidos. Según García de la Huerta, las *Reflexiones Militares* fueron celebradas por toda Europa y acogidas con grandes elogios por la mayoría de los tratadistas extranjeros más ilustres. El historiador inglés Willian Coxe en su *España bajo el reinado de los Borbones* dice: «En su heroica muerte puso en práctica lo que había escrito en sus *Reflexiones Militares*, aconsejando al general que se halle empeñado en una batalla de condiciones semejantes a la que se

libró en la defensa de Orán en 21 de noviembre de 1732, que pierda su vida en la pelea antes de intentar retirarse estando rodeado por tropas de gran superioridad numérica.» El sabio abate italiano Muratori le manifestaba en sus cartas la elevada opinión que le merecía su obra al agradecerle su envío, añadiendo que «le había proporcionado la ocasión de conocer su notabilísimo ingenio y su *rara pericia* y erudición en la ciencia militar», terminando incitándole a traducir las *Reflexiones Militares* al italiano.

Sobre todo los franceses. Le ensalzó Roquancourt en su *Cours d'art et d'histoire militaire*, afirmando: «el plan de la obra es metódico y bien ideado, y el estilo claro y natural, cualidades ambas que no suelen encontrarse en los escritores españoles».

El coronel Carrión Nisas, calificado en su época como el más juicioso de los historiadores del arte de la guerra, dice que «el libro de Marcenado debe figurar entre los de primera clase de su género» y le destaca, con excelente crítica, sobre los escritores militares posteriores a la muerte de Turena, diciendo que las *Reflexiones Militares* constituyen «una enciclopedia militar presentada en una forma llena de vida e interés, en la que se hallan útiles enseñanzas para todos los grados de la milicia». Y las describe así:

El autor coloca sucesivamente al personaje en todas las circunstancias difíciles y luchando con todos los obstáculos que pueden presentarse en la guerra, sin olvidar los lances contradictorios de la adversidad de la humana grandeza, le dice que no aventure la gloria adquirida, porque acaso ya el destino se haya cansado de favorecer sus propositos. En los tiempos modernos, sólo Federico II de Prusia ha tenido en cuenta este consejo del Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

Otro célebre tratadista, el conde Guibert le respeta como excepción, junto a Vauban en sus crudos ataques a otros pensadores militares. El comandante Labaume, celebrado historiador, se ocupa de las *Reflexiones* en su *Manuel de l'officier d'Etat Major* (París, 1827), diciendo que contiene multitud de enseñanzas muy útiles para militares y diplomáticos, y que sería conveniente hacer un compendio para los oficiales jóvenes, en el que se conservase lo más esencial de «una obra que es fruto de una larga experiencia militar, una lectura inmensa y una memoria prodigiosa». Los elogios se repiten en las famosas *Memories de Trevoux* (1733) y copian abundantes párrafos y consejos el *Diccionario Militar* y la *Enciclopedia Metódica*, incluso reproduciendo capítulos completos. El anónimo autor de la *Histoire de l'empire des Chérifs d'Afrique* dedicaba más de doce páginas a Marcenado al ocuparse de la acción en que encontró heroica muerte.

También hubo detractores, algunos injustos, como el general Bardín, con notas adversas en su *Dictionnaire de l'armée de terre* (París, 1840) y algún otro escritor de menos renombre, como el príncipe de Ligné, militares notables ambos, pero atrabiliarios, que a fin de siglo calificaron las *Reflexiones Militares* como obra «oscura, difusa y de poco valor», críticas acerbas, basadas más bien en el espíritu sectario y *chauvinista*, de quienes se complacían en burlarse del españolismo y la religiosidad que impregnaban la obra de Marcenado. Lo decía con parecidas palabras el coronel Yaque en su juicioso artículo.

Muy pronto se comenzó la traducción de las *Reflexiones* a varios idiomas: Dos al francés, en 1735 y 1738, la segunda reimpressa en La Haya en 1739 y 1771; dos al alemán, en 1753 y 1771; una al italiano en 1756; incluso hubo ediciones abreviadas en ruso, turco y japonés. Ese dato de las tempranas traducciones de una obra española, en aquel tiempo, valoraría la obra por sí mismo, si no lo probasen ya los universales elogios de los profesores y críticos y el aprecio en que la tenían Federico de Prusia y Napoleón Bonaparte.

Iniciador de la Academia de la Historia

Pero el marqués de Santa Cruz de Marcenado tuvo además una importante actividad cultural, iniciada en plenitud durante su permanencia en Turín cuando estuvo al frente de la misión española en la corte de Víctor Amadeo II de Saboya, pues su palacio llegó a convertirse en una especie de universidad, donde no sólo se reunía lo más selecto de la juventud estudiosa, sino que el mismo Rey, tan ilustrado en las letras como en la política, concurría con frecuencia e intervenía en los debates históricos y literarios. Allí se trazaron los primeros esbozos de su ambicioso plan de un *Diccionario Universal* —anunciando al final del tomo 9.º de las *Reflexiones*— que constituiría una verdadera Enciclopedia, anticipada a la francesa y con filosofía cristiana, de la que el Marqués justificaba así la idea: «Ventajas que a nuestra nación resultarán del *Diccionario* proyectado, aun cuando la primera vez saliese imperfecto. Exhibiré algunas conveniencias a los eruditos que gusten de emprender la obra.» Solicitó las necesarias colaboraciones y distribuyó el trabajo para tan grande empresa, remitiendo el proyecto a Felipe V en 1727, estando él en Turín. Sería un *Diccionario histórico-geográfico de las ciencias, artes, economía y política*, es decir, todo el conocimiento humano, en cuatro lenguas: español, latín, francés e italiano.

A la vista del opúsculo que Marcenado publicó exponiendo el sumario y el plan detallado de la obra, la Academia de la Lengua dictaminó ser «una de las ideas que lisonjeaban a los espíritus grandes, como el de aquel ilustre y celoso español» y, en su consecuencia, Macanaz llamó al Marqués, *fundador* de la Academia de la Historia, cosa que Luis Vidart corrigió diciendo que mejor le correspondería el título de *iniciador*, ya que según el proyecto, trataba de asociar a varios sabios para los estudios históricos. El caso es que la idea de Marcenado fue precursora de la *Real Academia de la Historia* —creada por Real decreto de 18 de abril de 1738, a los seis años de morir el Marqués— como resultado de los trabajos de una tertulia que desde 1735 se reunía en casa de don Julián Herмосilla, pues el texto fundacional decía claramente que su primera y principal misión era formar un *Diccionario Histórico-Crítico de España*, el cual se planteó y compuso siguiendo un método muy semejante al plan de Marcenado, incluso en las subdivisiones por él establecidas, según reconoció en detalle el historiador inglés Willian Coxe.

Esa «iniciación» de la *Academia de la Historia* que hizo del marqués de Santa Cruz de Marcenado su promotor original, tuvo como consecuencia la presencia constante —salvo excepciones— de militares y marinos en la docta corporación, manifestando así la importancia de la cultura militar y las distinguidas muestras de sus representantes, destacados en muy variados aspectos, que se centraban en la historia como expresión paralela a la de las letras, donde también hubo siempre ilustres representantes militares desde el marqués de Villena, su fundador.

Conclusión

El examen profundo de la obra de Marcenado está aún por hacer, pese a la enorme atención y los excelentes trabajos logrados en el pasado centenario de 1884, donde las firmas más ilustres de la milicia comentaron las *Reflexiones Militares* e investigaron la biografía de su autor. El concurso convocado para el tercer centenario que este año se conmemora, espera cotas aún más altas que los nuevos métodos de investigación y crítica permiten. Incluso, repasar los estudios introductorios a las traducciones, cosa que no se hizo aún, donde acaso haya nuevas direcciones interpretativas.

Y aunque ya ha quedado probado el aprecio de nuestro primer tratadista en su época y después de ella, por españoles y extranjeros, justificando su internacional fama, bueno será cerrar esta

aproximación estimulante al tema con alguna más, cuya expresividad añade nuevos puntos de vista orientadores. Primero españoles, empezando por el más penetrante, entusiasta y próximo, Luis Vi-datt, que, siendo capitán de artillería, veía así el reflejo del autor en su obra:

Allí aparece el moralista, profundo conocedor de los sentimientos y de las pasiones que agitan a los seres humanos; allí aparece el hábil político, versado en las artes de la vida cortesana; allí aparece el experto caudillo, que sabe aquilatar la valía de las tropas según las condiciones de organización y procedencia; allí aparece el incomparable crudito que amontona citas, guiado por la modestia que pide la confirmación histórica de los juicios personales y no la ostentosa vanidad de pedantesca ciencia: en suma, allí aparece don Alvaro Navia-Osorio, marqués de Santa Cruz de Marcenado, con todas sus grandes cualidades de general y de escritor didáctico.

En síntesis más concentrada al tema esencial de las *Reflexiones*, un escritor civil, Manuel Sánchez del Arco, buen catador de temas militares, especialista en ellos, ofrecía en 1945 esta visión de Marcenado como científico de la guerra, destacándolo comparativamente entre tantos publicistas repetitivos de un carrusel de ideas:

Si don Alvaro Navia-Osorio figura hoy en primera línea entre los pensadores españoles, si ocupa el primer puesto entre los tratadistas militares, y podemos enorgullecernos de que en lengua española esté la única obra en que con profundidad filosófica y altura de miras se ha estudiado el doloroso fenómeno de la guerra, sin decir tonterías ocasionales, al mérito y personal esfuerzo de nuestro autor se debe.

No hemos olvidado a los poetas que desde muy pronto cantaron sus hazañas de guerra y de paz. Fueron muchos, coetáneos algunos y otros con ocasión del primero y, sobre todo del segundo centenario, que fue más extraordinariamente celebrado. Destacan a primera vista, en este último, Emilio Prieto, Carlos Cano y Cándido Ruiz Martínez. Pero quizá el más íntimo, como amigo, general y gran poeta, fue Eugenio Gerardo Lobo, riguroso contemporáneo suyo, que dedicó unas largas décimas al combate del que resultó su heroica muerte y un soneto elegíaco que terminaba así:

*De su espada y su pluma altos empleos
duran, más que en el bronce, en las memorias;
más que en el jaspe, en los deseos.*

Sin embargo, fue un poeta poco conocido, también coetáneo del Marqués, quien, entre los poemas de su libro, *Elogios de algu-*

nos de los más conocidos escritores y facultativos españoles, difuntos en el presente siglo (Madrid, 1776), publicó uno que en sólo dos de sus versos le hacía el mejor elogio y el más ajustado a la verdadera misión de la milicia, pese a las leyendas que pretenden demostrarla como oficio de belicosos y belicistas. Era Francisco Gregorio de Salas el que decía así:

*descubriste los modos, en la guerra,
de establecer la paz más permanente
Y si, animosamente
tu espada valerosa
te acarrió una muerte desgraciada,
tu pluma celebrada
te eternizó una vida muy gloriosa.*

Para terminar, anotemos una carta que el capitán general, conde de Aguilar, dirigía el marqués de Santa Cruz de Marcenado, comentando su obra con una curiosa observación al libro más conceptual y elevado, el de la filosofía moral y jurídica de la guerra, diciéndole: «Gloríese V.S. no poco de haber rayado (en cuanto la profesión permite trasladar al papel) más alto que ninguno», añadiendo que el segundo de sus libros «empezaba *político*, mediante *guerrero* y acabando *piadoso*». Y Luis de Salazar puede decirse que en una sola frase compendia y sublimaba los amplios y numerosos elogios dedicados a las *Reflexiones Militares*: «El empeño es glorioso, el método admirable, el estilo elocuente, y el todo, digno de una perpetua y generosa envidia.»

* * *

BIBLIOGRAFIA

He omitido notas al pie, porque la mayoría de ellas se refieren a pequeños párrafos o frases de obras ajenas a las *Reflexiones Militares* y a su autor. Por otra parte, las innumerables citas que hace Marcenado, pueden verificarse con pormenor en la obra de La Llave que luego se menciona. Para facilitar a bibliófilos a quienes interese lo relativo al tema y aun lo ajeno, incluyo obras que sólo contienen referencias mínimas a las *Reflexiones*, pero que las valoran.

JAVIER DE SALAS: «Biografía de don Alvaro de Navia-Osorio», en *Reflexiones Militares del Vizconde del Puerto*. Publicaciones de la Revista Científico-Militar. Barcelona, 1885, pp. V-XLII.

JUAN ANTONIO YAQUE: «Las *Reflexiones Militares* de Marcenado», en *Revista de la Oficialidad de Complemento*, núm. 66, octubre de 1949, pp. 32-35.

MANUEL SÁNCHEZ DEL ARCO: *El Marqués de Santa Cruz de Marcenado*. Editora Nacional. Madrid, 1945, 280 pp.

ANTONIO VALLECILLO: *Apología de Villamartín*. Madrid, 1880.

FERNANDO REDONDO: «Los observadores militares españoles en la guerra de los Siete Años», en *Temas de Historia Militar*. Tomo I. Servicio de Publicaciones del E.M.E. Calle Alcalá, núm. 18. Colección Adalid. Madrid, 1983, pp. 369-413.

JOSÉ MARÍA GÁRATE: «La otra biblioteca del General San Martín». Separata de *Primer Congreso Internacional Sanmartiniano*. Tomo I. Buenos Aires, 1978, páginas 362-398. Contenido en «Las Raíces del alma militar de San Martín y del cuerpo de Granaderos a Caballo», en *Revista de Historia Militar*, núms. 47 y 48, de 1979 y 1980, pp. 7-46 y 41-94.

— «Don Antonio Oliver Sacasa, autor de las *Sabias Ordenanzas*», en *Revista de Historia Militar*, núm. 45. Madrid, 1978, pp. 95-150.

JOSÉ ALMIRANTE: *Bibliografía Militar de España*. Madrid, 1976, pp. 525-526.

JUAN PRIEGO: *Literatura Militar*. Madrid, 1956, pp. 272-278.

CORONEL CARRIÓN-NISAS: *Essai sur l'histoire générale de l'art militaire, de son origine, de ses progrès et de ses revolutions*. París, 1824, p. 243.

WILLIAN COXE: *España bajo el reinado de los Borbones*. Traducción de José González Carvajal. Madrid, 1842.

JOAQUÍN DE LA LLAVE: «La biblioteca del Marqués de Santa Cruz», en *Reflexiones Militares del Vizconde del Puerto*. Publicaciones por la Revista Científico-Militar. Barcelona, 1885, pp. XLIII-LX.

FRANCISCO BARADO: *Literatura Militar Española*. Barcelona, 1890, pp. 397-405.

— *Museo Militar*. Tomo II. Barcelona, 1882-1886, pp. 493-496.

LUDOVICO ANTONIO MURATORI: Correspondencia con el Marqués de Santa Cruz de Marcenado. En una de sus cartas pregunta a Marcenado cómo se hace la «guerra

- aguerrida». Sus dos cartas, en italiano, forman folleto con paginación propia, encuadradas en el tomo VI de las *Reflexiones Militares*. Las respuestas del Marqués están en español.
- LUIS VIDART: Estudio preliminar a la edición de *Reflexiones Militares*, de Enrique Rubiños. Madrid, 1893.
- «Las *Reflexiones Militares* del Marqués de Santa Cruz de Marcenado (Carta-Prólogo de un libro inédito, dedicada a Emilio Prieto). En *Revista Científico-Militar*, Barcelona, 1885, pp. 243-253.
- «Apuntes biográficos del Marqués de Santa Cruz de Marcenado», en *Almanaque de la Ilustración Española y Americana...*, 1885.
- EMILIO PRIETO: «Apuntamientos para un juicio de las *Reflexiones Militares* del Marqués de Santa Cruz de Marcenado», 1885.
- JOAQUÍN MALDONADO MACANAZ: «Biografía del Marqués de Santa Cruz de Marcenado». En *Semanario Pintoresco Español*, 1853. La biografía más extensa, antes de la de Javier de Salas y la de Ricardo del Arco.
- JUAN DE MADARIAGA: *Vida y escritos del Marqués de Santa Cruz de Marcenado*, 1885.
- MÁXIMO FUERTES ACEVEDO: «Biografía del Marqués de Santa Cruz de Marcenado», en *Crónica*, revista de Badajoz, junio de 1884.
- CAYETANO ALVEAR: «Centenario del Marqués de Santa Cruz de Marcenado». Crónica interesante de la conmemoración. En *Revista Científico-Militar*, 1886, pp. 608-616.
- LA ILUSTRACIÓN NACIONAL: Número Extraordinario del Centenario del Marqués de Santa Cruz de Marcenado. Con trabajos del marqués de San Román, los brigadieres Goicoechea y Ochando, los señores Cotarelo, Ordax, Siles, Serrate, Zancada y Hernández Raimundo.
- ANGEL ALTOLAGUIRRE: «Biografía del Marqués de Santa Cruz de Marcenado», 1885.
- General BARDÍN: *Dictionnaire de l'armée de terre*. París, 1840.
- Conde JACQUES DE GUIBERT: *Essay général de tactique*. París, 1772.
- Comandante LABAUME: *Manuel de l'officier d'Etat Major*. París, 1827.
- MEMORIAS DE TREVoux: París, 1733.
- Capitán ROCQUAN COURT, J.: *Curso de arte e historia militares*. Dice de las *Reflexiones* que «el plan de la obra es metódico y bien ideado, y el estilo claro y natural, cualidades ambas que no suelen encontrarse en los escritos españoles».

EDICIONES

El mismo Marcenado comenta en su obra que al publicarse los tomos VIII al X en 1727, llevaba veinte años de manejar los borradores, y La Llave se admira al pensar que fue en 1707, «teniendo 22 años y en plena guerra cuando empezó el Marqués sus apuntes y extractos, que probablemente no tendrían entonces por objeto la composición de una obra de tantos volúmenes». Por su parte, Sánchez del Arco opina que Marcenado ordenaría su obra en el período de cinco años de

paz que transcurrieron en Turín entre 1722 y 1727, es decir, entre los 37 y los 42 años del autor, pero el mismo Marcenado dice que dio su obra a la estampa cuando sólo contaba 40 años. El autor de la *Advertencia* editorial de 1885 piensa que, según los anteriores datos, la empezaría a escribir aproximadamente a los 30 años, de donde concluye que «sólo por un prodigio de pasmosa laboriosidad, de maravillosa inteligencia, de asidua y provechosa lectura, podía haber estudiado los autores innumerables que cita y prueba conocer a fondo en la oportuna aplicación de los ejemplos, hasta el punto de que (en frase del mismo Marqués) *raro caso militar, digno de reflexión, ha sucedido en el mundo, que en los veinte libros de su tratado no se halle.*

Es seguro que en Turín dio la última mano a sus borradores y allí los hizo imprimir en la parte que constituyen las *Reflexiones Militares* propiamente dichas, que son los diez primeros tomos. Bastaron cuatro años para la edición completa, pues en 1724 se publicaron los tres primeros volúmenes, en 1725 los tres siguientes, en 1726 el VII, el más voluminoso, y en 1727 los tres últimos. El XI se imprimió en París en 1730, pero en rigor viene a ser principio de una nueva obra.

- 1.ª Edición. Diez volúmenes. Impreso en Turín por Juan Francisco Mairese, 1724-1727. Volumen XI, impreso en París por Simón Langlois, 1730. Más un atlas de batallas.
- 2.ª Edición. Compendio útil, pese a la opinión de Almirante, editado por Senén de Contreras, teniente del Regimiento Provincial de Alcázar de San Juan, 1787.
- 4.ª Edición. En cuatro volúmenes. En la «Biblioteca Militar Portátil», impresa en Establecimiento Tipográfico Militar. Madrid, 1850.
- 5.ª Edición. Impresión popular, en la imprenta de Enrique Rubiños, un volumen en cuarto mayor, de 821 páginas del texto íntegro, más los planos e índices de todos los Libros de las *Reflexiones*, con un prólogo de Luis Vidart, Madrid, 1893.
- 6.ª Edición. En Publicaciones de la *Revista Científico-Militar*, conmemorativa del segundo centenario del nacimiento del Marqués. Compendio muy amplio, con todo lo esencial. Un tomo del LX más 508 páginas, con una biografía previa del autor, por Javier de Salas, una bibliografía de citas de la obra, por Joaquín de La Llave, y una *Advertencia editorial*. Barcelona, 1885.

En la edición de 1850 se mantenían casi todas las erratas de la primera y algunas más, descuido que en la de 1885 se corrigió por la fe de erratas originaria. Como cada página de la última equivale a cuatro de la primera, si se tiene en cuenta lo que se omite por innecesario, largos índices, advertencias, loas y demás partes sin aplicación y el tomo XI, sobre la nueva planta de un Ejército y de Milicias Urbanas, resulta que en la mayor parte se reimprime lo esencial de la obra.

TRADUCCIONES

1. En francés. Dos ediciones, por Francis Vergy, bajo el título de *Reflexiones militaires et politiques*. La primera, de 1735, en once volúmenes en octavo. La segunda de 1738, en doce volúmenes en dozavo. Ambas impresas en la Librería

de Rollin, hijo. En el prólogo, tras un elogio de la obra, el traductor dice que se ha permitido «variar el orden y hacer algunas alteraciones», siguiendo la mala costumbre francesa.

Se hicieron reimpressiones de esta traducción en La Haya, una en 1739 y otra en 1771.

2. *En alemán.* Dos ediciones traducidas del francés con el mismo título. Una de Von Bohr, en seis volúmenes y doce partes. Viena, 1753. Otra, por F. W. Zantmer, compendio en un volumen en octavo, de título semejante, aunque distinto, publicado en Gottingen, 1775.
3. *En italiano.* Una edición de siete volúmenes en cuarto, por Mariano Frezza, caballero napolitano y sargento mayor del Regimiento de Infantería Real Italiana, con el título de *Lo Squadronista, o sia, Táctica Militare*, dedicados al futuro Carlos III de España. Nápoles, 1752. Otra edición igual, bajo el título *Relezioni Militare*, 1760.

* * *